

La conciencia productora

Como toda la obra educacional es, en fin de cuentas, obra de conciencia, desde que la propia aptitud manual debe estar subordinada a un criterio productivo, hay que preparar esa conciencia escolar, y ¿quién asume la tarea, en el hecho?

La Inspección no lo hace; el Consejo tampoco.

No basta atender a que se cumplan las reglamentaciones. Con eso no se hace nada, por buenas que ellas fueren. Hay que endilgar algo más por dentro: la noción, el consejo, la guía; hay que forjar temperamento del alumno; hay que despertar sus optimismos, sus energías y aptitudes, si se quiere hacer obra de verdad; y hay que esmerarse en descubrir las vocaciones particulares para mejor guiar al alumno en la vía de su más fecunda productividad.

Es todo un proceso de seleccionamientos incesantes una escuela de esta clase, para que llene su cometido. Sino resulta un centro donde los pobladores se mueven, si acaso se mueven, como autómatas. Su intelecto, su ingenio, su atención, que son las palancas a manipular quedan relegadas a la inacción y al olvido.



Como todo lo que es consciente, el ser humano, al ser consciente, sabe de su conciencia. Pero la conciencia no es un simple reflejo de lo que ocurre en el mundo exterior, sino que es una actividad que se desarrolla en el interior del ser humano. La conciencia es una facultad que nos permite conocer y comprender el mundo que nos rodea, así como a nosotros mismos. Sin la conciencia, no podríamos vivir ni actuar en el mundo. La conciencia es, por lo tanto, una parte esencial de nuestra existencia humana. En la conciencia, el ser humano se encuentra consigo mismo y con el mundo, y es a través de ella que puede alcanzar la verdad y la sabiduría. La conciencia es una luz que ilumina el camino de la vida, y es a través de ella que el ser humano puede superar las limitaciones de su naturaleza y alcanzar la plenitud de su existencia.